

KRIMINIS.

EL MAL EN EL ANIME · QUINCE VILLANOS DEL ANIME BAJO LA LENTE DE LA
CRIMINOLOGÍA · 2ª EDICIÓN AMPLIADA

// Parte 1 · El deseo

01

Sukuna: el yo por encima de todo

El hedonismo absoluto: cuando el placer propio es la única ley.

📁 EXPEDIENTE

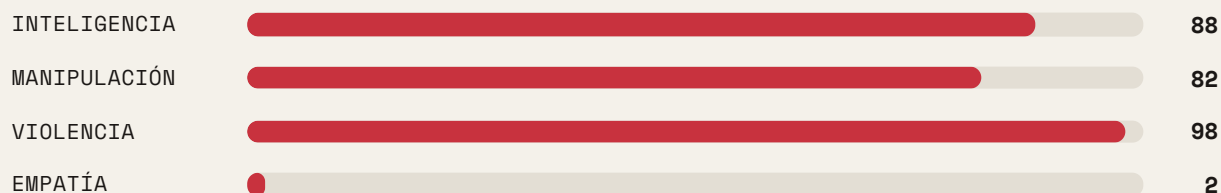
Imagina un ser que ha vivido mil años y que, en todo ese tiempo, no ha sentido miedo ni una sola vez. Tampoco culpa. Tampoco la menor curiosidad por lo que siente otra persona. Ha visto nacer y morir imperios enteros con la misma atención distraída con que tú miras pasar el tráfico por la ventanilla del autobús.

Cuando por fin vuelve al mundo, no lo hace con un plan. No quiere un trono, ni una venganza, ni salvar a nadie, ni castigar a nadie. Quiere, simplemente, pasarlo bien. Comer algo que le guste. Encontrar a alguien que le dé una buena pelea. Destruir lo que le aburra. Y si para obtener ese rato agradable tiene que borrar una ciudad del mapa, lo hará sin que se le acelere el pulso —porque no tiene, en ningún rincón, nada que le diga que no debería—.

Es el villano más popular del anime de la última década. Y su caso plantea una pregunta que la criminología lleva doscientos años intentando esquivar: ¿qué pasa cuando el placer propio es, literalmente, la única ley que alguien reconoce?

Ryomen Sukuna, el Rey de las Maldiciones de *Jujutsu Kaisen*, es un personaje de ficción. Pero el mecanismo que lo mueve no lo es. Detrás de su crueldad elegante late una idea muy antigua y muy humana: que lo único bueno de verdad es el placer, y lo único malo, el dolor. La llamamos **hedonismo**, y durante siglos fue una teoría respetable sobre cómo vivir bien. Lo que hace de Sukuna un caso de estudio no es que sea cruel —de eso va el catálogo entero de villanos—, sino que nos obliga a mirar de frente lo que ocurre cuando esa idea se lleva hasta el final, sin freno, sin otros, sin nadie más en la ecuación que uno mismo.

📊 PERFIL EN CIFRAS



98 — la violencia sin freno es lo que define a Sukuna

El cálculo de la felicidad

A finales del siglo XVIII, un filósofo inglés llamado **Jeremy Bentham** intentó hacer algo que hoy nos parece entre genial y disparatado: medir la moral con una calculadora. Su punto de partida era desarmante de tan simple. La naturaleza, escribió, ha puesto al ser humano bajo el gobierno de dos amos: el placer y el dolor. Todo lo que hacemos, en el fondo, es buscar el uno y huir del otro. Lo bueno es lo que aumenta el placer; lo malo, lo que aumenta el sufrimiento. Y punto.

A partir de ahí, Bentham propuso un **cálculo hedonista**: una forma de sopesar cualquier acción según la cantidad de placer o dolor que produce, midiendo su intensidad, su duración, su certeza, su cercanía. Una contabilidad de la dicha. Era, en su intención, una herramienta moral *generosa*: Bentham quería un mundo más feliz para el mayor número de personas, y su fórmula pretendía repartir el bienestar con justicia, contando a todos por igual —«cada uno cuenta por uno, y ninguno por más de uno»—.

La idea no era nueva. Veintidós siglos antes, el griego Epicuro ya había enseñado que el placer es el principio y el fin de una vida buena. Pero había una diferencia enorme, y vale la pena fijarse en ella porque marca la frontera exacta que Sukuna cruza. Para Epicuro, el placer más alto era sereno, moderado, casi tímido: evitar el dolor, cultivar la amistad, no desear de más. Un hedonismo prudente, que contaba con los demás porque entendía que nadie disfruta solo. Bentham, siglos después, lo volvió aritmética pública. Ninguno de los dos imaginó jamás lo que ocurre cuando el placer se divorcia de toda compañía y de toda medida. Ese divorcio tiene nombre propio en la ficción, y se llama Ryomen Sukuna.

Aquí está la trampa que a Sukuna le viene de perlas. El cálculo de Bentham funciona solo si sumas el placer y el dolor de *todos*. ¿Qué ocurre si alguien borra de la ecuación a todos los demás y deja únicamente su propia columna? El aparato sigue girando con perfecta lógica —sumar placer, restar dolor— pero ahora al servicio de una sola persona. La herramienta diseñada para maximizar la felicidad del mundo se convierte en una máquina de maximizar la felicidad de uno solo. Eso es Sukuna: un cálculo hedonista al que le han amputado a la humanidad entera salvo a sí mismo.

// EL SUJETO

El egoísta que no finge serlo

Conviene distinguir a Sukuna del villano corriente, porque su rareza está precisamente en lo que *no* tiene. No hay resentimiento en él. No actúa movido por una herida de la infancia, ni por un agravio que vengar, ni por una ideología que imponer. Esos motores —el trauma, el odio, la fe— son las explicaciones habituales de la ficción, y todas comparten un rasgo: implican que al villano *le importa* algo fuera de sí mismo, aunque sea para destruirlo. Sukuna no llega ni a eso. Lo que a él le mueve es más liso y más frío: le apetece.

Los filósofos llamarían a esto **egoísmo** en su forma más pura. No el egoísmo torpe del que pisa a los demás por descuido, sino un egoísmo coherente, casi elegante, que ha convertido el placer propio en el único criterio de todo. Y aquí aparece lo verdaderamente inquietante de su caso: desde dentro de esa lógica, Sukuna **no está equivocado**. Si de verdad no sientes ningún vínculo

con nadie, si el sufrimiento ajeno no te pesa lo más mínimo, si no reconoces ninguna norma por encima de tu gusto, entonces buscar tu propio disfrute no es una perversión: es lo único que queda. No hay contradicción que señalarle. No hay un «pero piensa en los demás» que pueda morderle, porque los demás, para él, no están ahí como personas. Son paisaje. Son, en sus propias palabras, algo de lo que disponer: «Conoce tu lugar, criatura insignificante».

Por eso su crueldad no se parece a la del asesino pasional, que mata en caliente y luego tiembla. Sukuna daña en frío, con la serenidad de quien mueve una ficha. No hay descarga emocional, ni arrepentimiento después, ni el menor esfuerzo por justificarse. El acto más atroz y el capricho más banal le cuestan exactamente lo mismo: nada. Esa es la firma del hedonista absoluto —la indiferencia perfecta ante todo lo que no sea su propio rato agradable—.

EL MOMENTO

En el distrito de Shibuya, tras tomar prestado el cuerpo de su anfitrión, Sukuna decide despejar el terreno que le estorba y arrasa de un solo golpe varias manzanas de la ciudad, aplastando a una multitud de personas a las que ni siquiera mira. No hay rabia en el gesto ni un objetivo táctico que lo exija del todo: borra esas vidas con la misma economía de movimientos con que uno aparta una rama del camino. Se ve ahí, en estado puro, su rasgo central —los demás no entran en su cuenta; son estorbo o paisaje, nunca personas—.

JUJUTSU KAISEN · INCIDENTE DE SHIBUYA

MITO VS. REALIDAD

EL MITO

«Alguien que disfruta haciendo el mal tiene que estar roto por dentro: un trauma, un dolor escondido, algo que lo empujó a ser así. Nadie hace daño por puro gusto.»

LA REALIDAD

La criminología reconoce desde hace tiempo la **violencia instrumental**: la que no nace del miedo ni de la rabia, sino del cálculo —se usa porque *sirve* para obtener algo, aunque ese algo sea solo placer—. No siempre hay un trauma debajo. A veces lo que falta no es una historia triste, sino el **freno**: esa punzada que al resto nos detiene cuando el otro sufre. La ausencia de ese freno no explica un drama oculto; explica, precisamente, que no hace falta ninguno.

Por qué no necesita más razón

Aquí llega la parte más incómoda, y la que de verdad justifica dedicarle un capítulo. A casi todos los villanos les pedimos, sin darnos cuenta, que *se expliquen*. Queremos la escena del pasado, la madre que murió, la traición que lo torció todo. Esa exigencia es nuestra manera de mantener el mundo en orden: si entendemos por qué alguien hace el mal, el mal sigue teniendo sentido, sigue siendo *comprensible*. Sukuna nos niega ese consuelo. Su caso dice algo que preferiríamos no oír: que para hacer daño no hace falta una razón especial. Basta con que no haya nada que lo impida.

Piénsalo en términos del cálculo de Bentham. La mayoría de las personas, al plantearse una crueldad, no solo suman su propio placer: en el otro platillo de la balanza se les cuela, quieran o no, el dolor del otro. Ese peso ajeno es la empatía, y funciona como un lastre automático que desequilibra la cuenta hacia el «no». En Sukuna ese platillo está vacío. Su balanza solo tiene un lado. Y una balanza con un solo lado siempre da el mismo resultado: lo que yo quiera. No necesita odiarte para destruirte, igual que tú no necesitas odiar al mosquito que apartas de un manotazo. Simplemente no entras en su contabilidad.

DATO CURIOSO

El psicólogo Robert Hare, que ideó la escala más usada para medir la psicopatía, distingue dos bloques de rasgos: los afectivos (ausencia de empatía, de culpa, de miedo) y los conductuales (impulsividad, irresponsabilidad). Lo llamativo de los casos más fríos es que suelen puntuar altísimo en el primer bloque y, sin embargo, normal o bajo en impulsividad: no son descontrolados, sino todo lo contrario. Calculan. Esa combinación —cero freno emocional y pleno dominio de sí— es justo la que vuelve inquietante al hedonista absoluto: no le falta cabeza para medir lo que hace, le falta el peso del otro en la balanza. El daño no brota de un arrebató; brota de una contabilidad serena a la que le han borrado una columna.

Esto reformula por completo la pregunta que solemos hacernos ante el mal. No es «¿qué le pasó para volverse así?», sino algo mucho más perturbador: «¿qué es lo que, a ti y a mí, nos impide comportarnos así?». La respuesta de la criminología no es muy halagüeña: lo que nos frena no es sobre todo la ley, ni la razón, ni la virtud. Es un conjunto de vínculos y de respuestas emocionales que casi nunca elegimos y que damos por supuestas —hasta que nos topamos con alguien que no las tiene—. Sukuna es el experimento mental llevado a la pantalla: un ser idéntico a nosotros en inteligencia y capacidad, al que solo le falta eso. Y resulta que eso lo era todo.

// LA GRIETA

Explicar no es exculpar

Llegados aquí acecha una trampa que este libro va a repetir en cada capítulo, porque es el error más fácil y el más peligroso. Si aceptamos que Sukuna actúa con una lógica coherente, que

desde dentro de su hedonismo «no está equivocado», que no elige carecer de empatía... ¿no estamos, sin querer, disculpándolo? ¿No acabamos diciendo que es una máquina averiada que no podía hacer otra cosa?

No. Y la distinción es la columna vertebral de todo lo que viene. Entender *cómo* funciona alguien no es lo mismo que aprobar *lo que* hace. El hedonismo explica el motor de Sukuna: por qué el placer propio le basta como razón, por qué el dolor ajeno no pesa en su cuenta. Pero explicar el motor no borra el recorrido. Los actos siguen siendo destrucción, y siguen siendo suyos. Saber que alguien no siente el freno describe su maquinaria interna; no cancela la responsabilidad por lo que esa maquinaria produce. Su carencia es afectiva, no cognitiva: sabe perfectamente lo que hace y lo que provoca. Lo que le falta no es la información, sino el motivo para detenerse.

Hay quien deduce de todo esto lo contrario: que si no hay trauma ni explicación, entonces Sukuna es «puro mal» y no hay nada que entender. Ese es el otro error, el gemelo del primero. Demonizar también cierra la conversación —la cierra de golpe, declarando el caso incomprensible y, por tanto, inútil de pensar—. La criminología de verdad se queda en el filo incómodo entre ambas trampas: sostiene a la vez que el mecanismo tiene una lógica y que esa lógica no redime ni una sola de sus víctimas. Porque el objetivo de entender al depredador no es perdonarlo. Es aprender a reconocerlo, a no dejarse seducir por su encanto, a no esperar que la culpa lo detenga. Entender a Sukuna es, literalmente, lo contrario de absolverlo: es aprender a verlo venir.

En una frase: Sukuna no hace el mal porque algo lo rompiera, sino porque **nada lo frena — y entender que el placer propio le basta como única ley es comprender su mecanismo, jamás firmar su absolución.**

En el próximo capítulo cambiamos de piel por completo. De un ser que no reconoce ninguna norma pasamos a un adolescente que se cree con derecho a dictarlas todas: Light Yagami, el chico brillante que encuentra un poder para matar a distancia y se convence de que limpiar el mundo lo convierte en un dios. El hedonista no quería cambiar nada; el justiciero quiere cambiarlo todo. Veremos cuál de los dos hace más daño.